

Isaac Asimov

El nacimiento de los
Estados Unidos
(1763-1816)

Historia Universal Asimov



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *The Birth of the United States 1763-1816*
Traducción de Néstor A. Míguez

Primera edición: 1983

Tercera edición, con la traducción revisada: 2012

Cuarta reimpresión: 2022

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth.

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Ilustración de cubierta: William Nutter: *George Washington, primer Presidente de los Estados Unidos*. Grabado procedente de *The Connoisseur*, 1912, a partir de un retrato de Gilbert Stuart

© The Print Collector / Corbis / Cordon Press

Selección de imagen: Laura Gómez Cuesta

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagieren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Copyright © Asimov Holdings LLC. World rights reserved and controlled by Asimov Holdings LLC.

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1983, 2022

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.alianzaeditorial.es



ISBN: 978-84-206-0970-6 (T. 12)

ISBN: 978-84-206-5082-1 (O. C.)

Depósito legal: M. 33.836-2012

Composición: Grupo Anaya

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

11	1. La cólera de la victoria
41	2. El camino hacia la revolución
70	3. El camino hacia la independencia
101	4. Howe contra Washington
124	5. El viraje decisivo
153	6. El camino hacia la victoria
187	7. Hacia la creación de una nación
219	8. La organización de la nación
243	9. La hegemonía federalista
276	10. La lucha por la paz
308	11. La entrada en la guerra
340	12. A salvo después de la prueba
367	Cronología
385	Índice analítico

*A Ben y Barbara
y Fred y Carol
y un millón de carcajadas*

1. La cólera de la victoria

Las consecuencias de la victoria

En el año 1763, el Tratado de París puso fin a una larga serie de guerras con los franceses que habían abrumado a los colonos británicos de la costa marítima oriental del continente durante tres cuartos de siglo. Dichas guerras terminaron con una total victoria británica.

Los franceses fueron expulsados del continente. Toda América del Norte, desde la bahía de Hudson hasta el golfo de México y desde el río Misisipi hasta el océano Atlántico, era británica. Al oeste del Misisipi y al sur, América del Norte aún era española, pero España era, desde hacía más de un siglo, una potencia en decadencia, y causó pocos problemas a los británicos y a los colonos. Esto era así desde que los españoles se habían visto obligados a abandonar Florida, que había sido su

bastión durante casi dos siglos, fortaleza desde la que habían hostigado a las colonias sureñas.

Los grandes tramos noroccidentales del continente todavía no habían sido reclamados por nadie, pero una tercera potencia, Rusia, buscaba pieles en lo que es ahora Alaska. Pero por entonces esto no tenía ninguna importancia para los colonos del este.

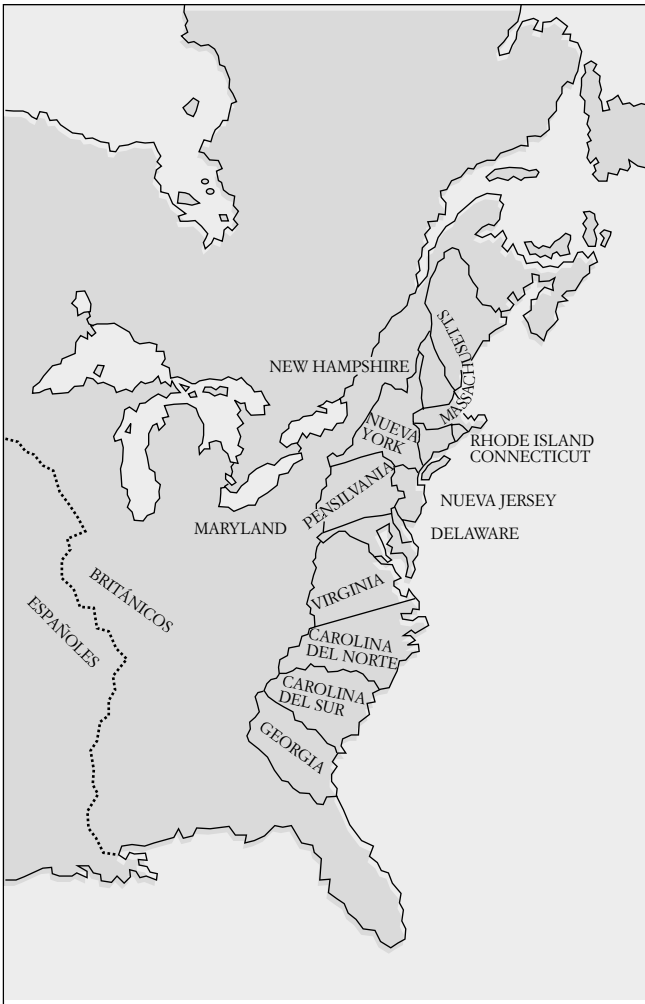
Sin embargo, esta victoria total marcó el comienzo de nuevos problemas para Gran Bretaña. La derrota de sus enemigos inició una cadena de sucesos que condujo a la mayor derrota que Gran Bretaña sufriría en tiempos modernos, y al nacimiento de una nueva nación destinada, en el curso de dos siglos, a convertirse en la más poderosa de la historia. De esta historia se ocupa este libro*.

El problema fundamental era que los colonos británicos estaban llegando a la mayoría de edad y obteniendo una confianza en sí mismos que los británicos y su gobierno pasaban por alto y no reconocían.

Las partes habitadas de las 13 colonias cubrían una superficie de unos 650.000 kilómetros cuadrados, casi tres veces la superficie de la isla de Gran Bretaña. En 1763 había 1.250.000 colonos de origen europeo en esas colonias, a los que se añadía la mano de obra no pagada de más de 250.000 esclavos negros. La población de Gran Bretaña, a la sazón, no superaba los 7.000.000 de habitantes, de modo que la población colonial suponía una parte respetable de la población total británica.

* En mi libro *La formación de América del Norte* (Alianza Editorial, Madrid, 2012) relato la historia de América del Norte hasta el año 1763.

1. La cólera de la victoria



Las 13 colonias en 1763

Por otro lado, la sociedad colonial había llegado a ser bien diferente de la británica. En las colonias, la población estaba totalmente mezclada y, además de los hombres de ascendencia inglesa, había también cantidades considerables de personas cuya cultura originaria era escocesa, irlandesa, holandesa, alemana o escandinava. Las presiones en las fronteras hicieron que la sociedad colonial fuese mucho más igualitaria que la británica, y se había difundido en ella el desprecio por los títulos británicos y por la sumisión a Gran Bretaña.

En grado creciente, los colonos no se consideraban ingleses trasplantados, por ascendencia o por adopción, sino americanos. Y con este nombre me referiré a ellos en lo sucesivo.

La reciente asociación de británicos y americanos como aliados en la guerra contra Francia tampoco contribuyó en nada a acercar a los dos pueblos; todo lo contrario: la familiaridad llevó al mutuo desprecio de ambas partes.

Los funcionarios británicos consideraban a los americanos una población ruda e ignorante, indisciplinada, no fiable y bárbara, totalmente dispuesta a negociar con el enemigo en busca de beneficios. Y puesto que los americanos no tenían un ejército profesional entrenado y generalmente luchaban a la manera de las guerrillas, adecuada a los bosques pero no a los cultivados campos de batalla de Europa, eran considerados unos cobardes por los británicos.

A los americanos, por su parte, los británicos les parecían autoritarios, pedantes y tiránicos.

Cada una de las partes pensaba que había ganado la guerra contra los franceses sin mucha ayuda de la otra,

incluso pese a los otros. Para los británicos, la guerra la había ganado el ejército regular en la decisiva batalla de Quebec de 1759. Para los americanos, había sido ganada en interminables batallas contra los indios e incontables escaramuzas y al doloroso precio de una cantidad elevada de matanzas de mujeres y niños. Había sido una guerra en la que habían conquistado heroicamente Louisburg sólo para que los británicos la devolviesen con pusilanimidad. Una guerra en la que los británicos habían sido vergonzosamente derrotados en Fort Duquesne y sólo se habían librado de su completa aniquilación gracias a los americanos*.

Hasta 1763, los americanos no podían permitirse presentar quejas contra los británicos. Los franceses eran el enemigo, y se necesitaba contar con el poderío de Gran Bretaña. Pero, ahora, los franceses se habían marchado y los americanos, seguros en su tierra, se sentían en condiciones de enfrentarse con los británicos.

Y esto era tanto más cierto cuanto que los americanos preveían que tenían un brillante futuro por delante. Eliminada Francia, toda la tierra al oeste, hasta el lejano Misisipi, estaba abierta a la colonización, y las colonias seguirían creciendo en superficie y población hasta constituir una gran potencia. ¿Quién los detendría?

Pero, ¡ay!, las nuevas tierras no estaban vacías. Los franceses se habían marchado, pero los indios no.

Tampoco agradaba a los indios el acuerdo de 1763. Los británicos no estaban tan dispuestos como los fran-

* Para mayores detalles sobre esto, véase mi libro *La formación de América del Norte*.

ceses a recibir a los indios en los fuertes en pie de igualdad, sino que habían mostrado con muchísima frecuencia, y de manera desagradable, su sentimiento europeo de superioridad. No juzgaban conveniente apaciguar la dignidad india con palabras amables y regalos, sino que en cierto modo esperaban que los indios reconociesen su inferioridad y se colocaran en su lugar.

Además, los británicos no tenían interés en las pieles. Los colonos de la costa lo que realmente deseaban eran tierras; querían hacer a un lado a los indios y convertir los espacios vacíos en granjas. Los franceses, cuando se dispusieron a partir, susurraron todo esto al oído de los indios y no tuvieron escrúpulos en estimularlos a resistir, con vagas promesas de ayuda futura.

Un jefe indio llamado Pontiac, que había nacido en lo que es ahora el noroeste de Ohio y había luchado con los franceses, pasó a primer plano. Formó una confederación de las tribus indias que vivían entre los montes Apalaches y el río Misisipi y organizó ataques sorpresa contra varios puestos occidentales avanzados en mayo de 1763, apenas tres meses después de firmarse el Tratado de París e implantarse, en apariencia, la paz.

El plan tuvo éxitos iniciales. Ocho fuertes de la región de los Grandes Lagos fueron tomados, y sus guarniciones, aniquiladas. Pero Detroit resistió un ataque conducido por el mismo Pontiac.

Fort Pitt (donde está la moderna Pittsburgh) también resistió un asedio indio, y acudió en su socorro una compañía de 500 soldados regulares británicos comandados por el coronel Henry Bouquet. El 2 de agosto de 1763, los británicos chocaron con una fuerza india en Bushy

Run, a 40 kilómetros al este de Fort Pitt. Bouquet derrotó a los indios después de una lucha de dos días, y, aunque también los británicos sufrieron fuertes pérdidas, el combate marcó un giro decisivo: además de auxiliar a Fort Pitt el 10 de agosto, Pontiac se vio obligado a levantar el sitio de Detroit en noviembre.

Poco a poco, la coalición de Pontiac se deshizo. Las tribus lo abandonaron y Pontiac se vio obligado a aceptar la paz, el 24 de julio de 1766. En lo sucesivo, mantuvo la paz con los británicos hasta su muerte en Cahokia, Illinois, en 1769, a manos de un indio de una tribu enemiga de la suya que había sido pagado a tal fin por un comerciante inglés.

Pero fue una paz de compromiso. Los británicos no deseaban entregarse a guerras interminables contra los indios ni sufrir una constante efusión de sangre y dinero en lugares desérticos situados a 5.000 kilómetros de su hogar. Tampoco tenían muchos deseos de ver cómo crecían las irritantes colonias. De ahí que convinieran respetar las tierras de caza de los indios situadas al oeste de los Apalaches.

El 7 de octubre de 1763, una proclama real estableció una frontera occidental que seguía la línea de los Apalaches, más allá de la cual no podían crearse colonias. Fue esto, más que cualquier otra cosa, lo que rompió la coalición de Pontiac y trajo la paz.

Sin embargo, para los americanos, la Línea de la Proclama era algo abominable. Su efecto era limitarlos a la llanura costera, exactamente donde habían estado confinados antes de 1763 por los franceses. ¿De qué servía entonces, pensaban, la derrota de los franceses?

Incansablemente, los americanos mostraron su oposición a la Línea de la Proclama y aprendieron a ignorar, y por ende a despreciar, las leyes promulgadas en Gran Bretaña. Los colonos occidentales, los especuladores con tierras, los tramperos que negociaban con pieles..., todos aprendieron a ver en el gobierno británico a un enemigo que se ponía de parte de los indios.

En Virginia, la más antigua y populosa de las colonias, el hambre de tierras de los grandes propietarios de plantaciones era particularmente marcada. Habían deseado colonizar el valle del Ohio, que había sido la causa inmediata de la última guerra con los franceses, y muchos de ellos, pese a sus vínculos con Inglaterra, se volvieron cada vez más antibritánicos.

Pero los americanos más prósperos e influyentes eran los comerciantes de las ciudades costeras, y particularmente de Nueva Inglaterra, hombres que habían hecho fortuna con el comercio marítimo entre las Antillas y Europa. Si Gran Bretaña hubiese conseguido mantener su lealtad, el descontento se podría haber contenido dentro de ciertos límites. Los americanos más conservadores podían haber mantenido a raya a los granjeros y a los hombres de la frontera, mal organizados. El fracaso en este terreno fue lo peor que podía haberle pasado a Inglaterra.

Durante 100 años, Gran Bretaña había tratado de regular el comercio americano de tal modo que las manufacturas y los terratenientes británicos fueran los grandes beneficiarios.

Según las normas de la época, esto les parecía lógico a los británicos. El territorio en el que vivían los americanos

había sido ocupado y colonizado por iniciativa británica; habían sido la Armada y la fuerza de las armas británicas las que los habían protegido continuamente, primero contra los holandeses y los españoles, y luego contra los franceses. Puesto que los americanos existían y prosperaban gracias a la generosidad de Gran Bretaña, ¿por qué no iban a ofrecer alguna compensación a cambio? Era como si Gran Bretaña considerase que los americanos habían alquilado su vasto territorio a la madre patria, y esperase de ellos que le pagasen gustosamente el alquiler.

Para los americanos, desde luego, las cosas eran bien diferentes. Las colonias habían sido creadas por hombres que habían llevado a cabo la tarea con muy escasa ayuda del gobierno británico, y en algunos casos porque habían sido expulsados de sus hogares por la persecución religiosa.

También pensaban los americanos que ellos habían defendido sus tierras contra los indios, los holandeses, los españoles y los franceses sin gran ayuda de la madre patria. Sólo en la última guerra, Gran Bretaña –cuando vio amenazados sus intereses en Europa y Asia– se había decidido a intervenir de manera decidida, y aun entonces, los americanos habían llevado la principal carga.

Por ello, cuando los británicos trataron de controlar la industria y el comercio americanos de modo que el dinero fuese a parar a los bolsillos de los comerciantes y terratenientes británicos, los americanos pensaron que eso era una injusticia.

Los comerciantes americanos respondieron comerciando ilegalmente con otros países, o sin pagar dere-

chos de aduana o hurtando de otros modos el dinero que trataba de recaudar Gran Bretaña. Los americanos no consideraban que estaban violando la ley, sino que lo que hacían era ignorar unas restricciones que consideraban injustas y tiránicas.

Fue a causa de estas restricciones al comercio y el contrabando por lo que los comerciantes de Nueva Inglaterra y de otras ciudades marítimas se volvieron cada vez más antibritánicos.

El nuevo rey

Considerándolo ahora, vemos que los británicos podían haber manejado las cosas mucho mejor. Si se hubiese permitido a los americanos que se autogobernaran en cierta medida, y que los más influyentes compartieran los beneficios, habrían entregado a los británicos por propia iniciativa más dinero del que Gran Bretaña podía obtener mediante la coerción.

A las circunstancias que contribuyeron a la incapacidad británica para comprender la situación, se añadió la subida al trono un nuevo rey, un rey que, por desgracia, no iba a estar a la altura de los tiempos.

El 25 de octubre de 1760, el rey británico Jorge II murió después de un reinado de 33 años, durante los cuales los dominios británicos de ultramar aumentaron mucho. En verdad, sólo a partir de su reinado podemos hablar con propiedad de Imperio Británico.

Su hijo Federico, que era el heredero al trono, había muerto en 1751. Fue el hijo de Federico, que en el mo-

mento de la muerte de su abuelo tenía 22 años, quien le sucedió con el nombre de Jorge III.

El nuevo rey no era muy brillante; no aprendió a leer hasta los 11 años y, más tarde, se volvió loco. Nunca tuvo realmente confianza en sí mismo y, como sucede a veces, convertía esto en obstinación, y como tampoco pudo admitir nunca que estaba equivocado, persistía en su forma de actuar hasta mucho después de que le quedese claro a todo el mundo que lo que hacía producía el efecto contrario a los resultados que buscaba.

Jorge III no era un tirano. Era un hombre moral, que amaba a su familia y llevaba una vida del todo respetable, con su esposa y sus hijos. Incluso era amable en determinados aspectos y, ciertamente, como ser humano, era mucho mejor que los dos Jorges anteriores.

Pero vivía en una época en que, en otras partes de Europa, los reyes eran absolutos. Por ejemplo, el rey Luis XV de Francia, que gobernaba ya desde hacía casi medio siglo cuando Jorge III subió al trono, hacía lo que quería. No tenía ningún parlamento que le pusiese obstáculos, ningún primer ministro que gobernase el país, ni elecciones que decidiesen sobre la política a seguir, ni partidos que riñesen unos con otros, ni políticos con libertad de atacar al rey.

Era humillante para Jorge que sólo él, de todos los monarcas europeos, fuese controlado y acosado por los lóres grandes propietarios de tierras que dominaban el Parlamento. Su bisabuelo, Jorge I, y su abuelo, Jorge II, no se habían preocupado por ello. Eran alemanes de nacimiento y estaban más interesados en el gobierno de Hannover que en el de Gran Bretaña, así que se sentían

muy gustosos de dejar que el primer ministro actuase como quisiera. Los primeros Jorges, en efecto, apenas hablaban inglés.

Pero Jorge III pensaba de otro modo. Aunque seguía gobernando Hannover, había nacido y se había criado en Inglaterra; hablaba inglés, se sentía inglés y tenía un intenso deseo de gobernar Gran Bretaña.

Durante su adolescencia, cuando era heredero del trono, su madre viuda (a quien adoraba) lo urgía constantemente a que asumiera los deberes y los poderes que año pertenecieron a la corona. «¡Sé un rey!», decía a su hijo, con lo que quería dar a entender que fuera un rey a la manera de los monarcas absolutos de otras naciones de Europa.

Jorge trató de ser un rey. No podía abolir los poderes del Parlamento y convertirse en un monarca absoluto (si hubiese intentado hacerlo, seguramente habría sido derrocado de inmediato por una nación que desde hacía mucho tiempo había puesto límites estrictos a los poderes regios). Lo que hizo, pues, fue tratar de gobernar mediante el Parlamento, eligiendo políticos que estuviesen a su lado y actuasen en su nombre. Hizo, por tanto, todo lo posible para poner al Parlamento bajo su control.

Le disgustaba William Pitt, por ejemplo. Pitt —el ministro que había asumido la dirección de la política británica en los oscuros días en que los franceses parecían a punto de obtener la victoria, y había conducido a Gran Bretaña a la recuperación y el triunfo— era la encarnación misma de todo lo que Jorge III detestaba: un político poderoso y resuelto que se comportaba como si él fuese el rey.

Un año después de haber subido al trono, Jorge halló las excusas para obligar a dimitir a Pitt, en octubre de 1761. Pudo hacerlo sin problemas, desde luego, porque para entonces la victoria británica era segura. Desplazado Pitt, el Tratado de París de 1763 supuso un destello de gloria para Jorge III: él era quien se encontraba en el trono por entonces, y fue él quien recibió el mérito de la victoria, aunque ésta se hallaba asegurada antes de que fuese coronado.

Era en las colonias americanas donde Jorge III podía tener más éxito en su ambición de «ser un rey». En las colonias, no había parlamento alguno que le disputase el gobierno; allí podía hacerlo a su gusto, nombrando y destituyendo a funcionarios, estableciendo la política a seguir y ajustando los tornillos a los transgresores. Había cámaras o asambleas legislativas coloniales, sin duda, pero en conjunto tenían escaso poder frente el rey.

Jorge III no ejerció su poder en las colonias de mala manera, pues no era un hombre perverso. La queja americana era sencillamente que lo pudiera ejercer, para bien o para mal, sin consultar a los mismos americanos.

Los choques empezaron casi tan pronto como Jorge III subió al trono, y concernían al problema del contrabando. Se trataba de un mal endémico para los británicos, pero durante la Guerra contra Franceses e Indios, se hizo insoportable: al menos una parte del comercio ilegal americano se realizaba con el enemigo, es decir, con los franceses, lo cual contribuía a la muerte de soldados británicos (y de soldados americanos también).

Los británicos se sintieron totalmente justificados para hacer todo tipo de esfuerzos que pusieran fin al contra-

bando y aplicar las leyes que el Parlamento había aprobado para regular el tráfico y el comercio americanos. Era una decisión ya tomada por Pitt en 1760, por la época en que Jorge III subió al trono, y en este caso Jorge III la respaldaba.

Pero poner en práctica las leyes sobre el comercio en un gran territorio escasamente poblado y situado a 5.000 kilómetros de distancia, y donde la población, por lo general, no estaba dispuesta a permitir que se aplicaran, era más fácil de planear que de lograr. Buscar artículos de contrabando y demostrar, una vez hallados, que habían entrado de forma ilegal era casi imposible sin la cooperación de la gente del lugar.

Por esta razón, el gobierno británico decidió promulgar los llamados «mandatos de asistencia». Eran órdenes de búsqueda generalizada que permitían a un funcionario de aduanas con un mandato tener el derecho a entrar en cualquier lugar en busca de artículos; no era necesario especificar ni el lugar particular ni la naturaleza de los artículos buscados.

Estos mandatos de asistencia no eran algo nuevo. Habían sido expedidos ya en 1751, pero en 1761, cuando salieron los nuevos mandatos, los americanos ya no temían a los franceses ni dependían de la ayuda militar británica. Eran más conscientes de sus derechos y estaban más dispuestos a hacerlos valer.

No estaba en discusión lo bueno o lo malo del contrabando (¿quién podía defender honestamente el comercio con el enemigo?). La cuestión era si tales mandatos eran legales. Esas órdenes de búsqueda generalizadas eran ilegales en Gran Bretaña, donde un axioma de la ley

era que «la casa de un hombre es su castillo»: por humilde o desvencijada que fuese la morada de alguien, en ella no podían entrar el rey ni sus representantes sin un proceso judicial en regla, que debía afectar a una casa específica y para un fin específico.

¿Por qué, pues, en las colonias, la casa de un hombre no era su castillo?

En Massachusetts, particularmente, donde el contrabando estaba desenfrenado, la medida generó una enorme oposición y se puso en tela de juicio la legalidad de los mandatos.

Contra ellos se levantó James Otis (Massachusetts, 1725), hijo de uno de los más respetados jueces de la colonia. Su argumento, expuesto con la mayor elocuencia, era que los derechos poseídos por los ingleses, como consecuencia del «derecho natural», no podían ser violados por decretos del rey ni por edictos del Parlamento. Había una «constitución» básica que, aunque no estuviese escrita, encarnaba esos derechos naturales, y «un decreto contra esa constitución es vacío», decía. Otis sostenía, en efecto, que el gobierno británico, al promulgar mandatos de asistencia, despreciaba la ley, y que los americanos, al negarse a obedecer esa ley particular, defendían los principios básicos del derecho. Predicaba lo que hoy llamamos «desobediencia civil».

Los británicos no se inmutaron por ese argumento y prosiguieron su política de expedir mandatos de asistencia. Mas, para muchos americanos, Otis había encendido un faro que iba a guiarlos en adelante y que justificaba su rebelión contra la ley británica en nombre de una ley superior.

Un suceso similar tuvo lugar en Virginia un poco más tarde. Allí era costumbre, desde 1662, pagar a los clérigos en tabaco; el dinero en efectivo era escaso, y el tabaco era una mercancía valiosa.

El problema era que el valor del tabaco fluctuaba. Aunque su precio era generalmente de 2 peniques la libra, hubo una serie de años malos en los que la cosecha de tabaco fue escasa por la sequía y el precio subió a 6 peniques la libra. Esto significaba que, si el clero recibía su asignación habitual de tabaco (17.000 libras al año), su salario se triplicaba.

La asamblea legislativa de Virginia, la Cámara de los Burgesses, que estaba dominada por los plantadores de tabaco, abandonó el pago en tabaco en 1755 y estableció en cambio un pago en dinero a una tasa de 2 peniques la libra. El clero, por supuesto, se opuso a la medida y llevó el caso ante el gobierno británico. El 10 de agosto de 1759, cuando Jorge II todavía era rey, el gobierno británico anuló la cámara legislativa de Virginia y restableció el pago en tabaco.

Los virginianos ignoraron el fallo británico, hasta que finalmente un clérigo llevó el caso ante los tribunales de Virginia a finales de 1763. La demanda fue llamada «Caso Parsons».

En contra del clérigo y en defensa de la ley aprobada por la Cámara de los Burgesses actuó Patrick Henry (Virginia, 1736). Hijo de un inmigrante escocés, había recibido poca instrucción y no pudo abrirse camino como tendero ni como granjero. Sólo cuando probó con la abogacía encontró su vocación, pues demostró ser un notable orador.